

LIBERTAD DE CULTOS

(Continuación).

IV

CULTO INTERNO (1)

En esta como segunda parte de mi discurso, asentada y sólidamente cimentada nuestra doctrina sobre las incommovibles y eternas bases de un razonar desapasionado, bien podremos dejar que penetre por el cuerpo casi exangüe de estas líneas un poco de fuego sagrado y de vital aliento, y de seguro que nadie nos echará en cara el haber por fin aflojado un poco de la tirantez filosófica propia de la «Escuela», y soltado la represa del entusiasmo apologético, el cual de intento veníamos conteniendo, no fuera que el agitado y turbulento fervor de la polémica llegase a turbar el severo paso del razonamiento.

Está fuera de duda, si algo vale lo arriba expuesto, que no somos en modo alguno libres sobre indagar o no la verdadera religión, y que nuestra inteligencia, escudriñadora, sagaz e investigadora universal, que todo lo examina, hasta a sí propia, no puede permanecer ociosa a la vista de este mundo exterior que la rodea, ni del hombre, pequeño mundo cuyo sol es ella... Aunque uno se empeñe en cerrar los ojos y no querer ver para no tener que amar ni servir, aunque se esfuerce por abroquelarse con una omnímoda inacción en este punto, una voz nacida del propio ser, y cuyo eco dan las cosas todas que nos circundan, voz tenaz y persistentemente formulada por la total e intrínseca y esencialísima dependencia de nuestro ser, nos habla harto claro de otro superior, por quien fuimos llamados cuando aún no éramos, por quien nos mantenemos en el mundo de lo existente cuando somos, y por el que eternamente seremos, pues que su mano estará siempre debajo de nosotros sosteniéndonos, para que

(1) Como verá el lector, en esta segunda parte se repiten a veces ideas expuestas un tanto secamente en la primera, para así dar pie a las deducciones prácticas que ya en aquellas implícitamente se contienen.

nuestra realidad, cuyo único apoyo es su diestra incesantemente creadora, desprovista de base y falta de sostén, no se desmorone sobre el abismo impalpable de su nada. Y cuando los ecos de esta voz se hayan sobrepuesto a nuestras vanas evasivas, nos veremos precisados a confesar que sí, que «Dios sólo es», y que este barro de nuestro cuerpo El lo amasó, y que únicamente El encendió dentro de esta casa fabricada del lodo de la tierra la lumbre del alma que jamás se ha de extinguir.

Este es el primer paso del hombre que se acerca y allega a su Dios, el primer grado y como sustratum del culto interno. «Conocer a Dios». La conciencia nos da que todo cuanto somos y esperamos ser es don prestado, gracia recibida; la misma conciencia nos da que el siervo, el que depende de otro le debe sumisión; y si completamente depende, completamente sumiso debe estar. Por eso vemos que el jornalero, que por un salario previamente tasado se pone a disposición de un patrono, le debe el trabajo de sus brazos; el que promete a una empresa su talento mercantil, debe en ella emplearle, porque de ella depende y ésta puede con todo derecho exigírselo, y el esclavo, (cuando los hubo, por no haber aún llegado el Cristianismo), todo él estaba sujeto a su Señor, porque, según los paganos, un hombre podía ser todo de otro. Pero esto, que no puede en manera concederse entre iguales, debe asegurarse respecto del hombre para con su Criador, porque cuanto en la criatura hay o puede haber debe estar bajo el dominio de quien la crió.

Así por esto como por ser de ley natural que todo el que recibe un beneficio a otro le debe dar incesantemente gracias por él, sobre todo si éste es continuo y muy grande, queda fuera de toda duda que el hombre con todo cuanto pueda ha de mostrar esa omnímoda sumisión a su Señor, ese perpetuo agradecimiento a su Bienhechor universal. Y constando el hombre de alma y cuerpo, alma y cuerpo deben someterse, alma y cuerpo deben agradecer a su modo; y habiendo en el alma entendimiento y voluntad, ambos a dos deben cooperar al culto interno de Dios. Buscando, inquiriendo, dando luz y descubriendo el camino el entendimiento, adorando, amando y dando gracias la voluntad. Por esta doble manifestación el alma da culto interno a Dios.

Y ¿qué? ¿pensamos que es pequeño acto de sumisión el rendir nuestro juicio y vendar los ojos a nuestra limitada perspicacia y pronunciar esa palabra tan conmovedora «creo»? Grande lo es sin duda pero necesario: sin él todo el edificio del culto interior viene

a tierra; la fe, ese acto del entendimiento por el que ayudado de la gracia como que se corrige y niega a sí mismo, la fe, esa abdicación aparente, que la inteligencia hace de todas sus luces, es el primer escalón que lleva al templo donde el alma ofrece a solas consigo la ofrenda del culto interior. Jesucristo se ha dignado descorrer el velo a muchas verdades para nosotros desconocidas; sabemos que no pueden menos de ser así, aunque nuestra exigua comprensión las vea tras los borrosos cendales del misterio. Por eso, para mostrar que somos esclavos de Dios las creemos, y arrancamos a nuestra alma un «sí, lo creo» obsequio racional, como le llama el apóstol. Por donde cuando veáis a alguno de esos sabios, (o que alardean de tales), que o no estudia el hecho de la revelación y fundador de la Iglesia Católica, o estudiada, se queda en su apático indiferentismo, podéis afirmar sin miedo de equivocaros: «Será un gran matemático, la naturaleza no tendrá para él secretos, las artes le brindarán sus íntimas y recónditas venas de belleza, pero de fijo no es un hombre cabal. Lo más necesario, lo principal le falta. No cumple con sus deberes; no ha rendido su juicio a Dios. Le falta el primer paso para el culto interno.

Pero vamos adelante, que aún hay algo que rendir, aún queda cosa que ofrecer a Dios; la reina de nuestras acciones, la reguladora de nuestros deseos, la que decide en nuestras perplejidades; la voluntad. Claro está que no podía cosa tan principal en nuestro ser, resistir a la obligación que tenemos para con Dios. Y siendo, como es, la que en nosotros manda y decide, la que apetece y quiere, ha de ser como la sacerdotisa de este templo, la cual escondida dentro de nosotros en el misterio de nuestro interior, dé constantemente al Señor el culto que se merece. Tres principalmente son los actos que este comprende; de adoración, de amor y de acción de gracias.

A todos ellos está el hombre obligado, porque en su misma esencia tiene el mandato, que a ello le liga y la inclinación ingénita, que constantemente le mueve a lo mismo. Esto, después de lo que va dicho más arriba, apenas necesita probarse; y no la razón, que esa naturalmente se rinde ante la evidencia, sino cuando más la indiferencia a la pasión podrán resistir a tanta luz, y no escuchar tan claras y penetrantes voces. Así pues, acortemos estas más que triviales observaciones, y entrémonos en las manifestaciones de esa adoración interna, en las expansiones de esa fe y de esa adoración.

Con dificultad se halla quien de veras y sin contradecirse a sí mismo niegue el culto del hombre a la divinidad, cuando esa adora-

ción y ese culto se rinden en lo impenetrable del alma, sin más testigos que la conciencia; cuando ese incienso no se traspira fuera; cuando se consuma el holocausto en el Sancta Sanctorum del interior. Pero lo que escandaliza a muchos de nuestros contemporáneos, lo que excita la bilis a los extraños místicos de esta época materialista es el para ellos innecesario y vano manifestar ese respeto a Dios. El gran coco de nuestros falsos políticos está en el culto externo.

V

CULTO EXTERNO

Y porque la claridad jamás daña, y no está mal que todos procedamos con nociones exactas, el culto externo o sea la sensible manifestación del interno puede ser natural y arbitrario; distinguiéndose el primero en manifestar la interior reverencia por señales que de suyo y en todos los hombres significan ese culto; y constando el segundo de ritos y ceremonias libérrima y espontáneamente elegidas por el hombre.

Pero la división que más nos ha de servir en este camino, es un culto humano, es decir prescrito y determinado por el derecho positivo humano; y en revelado, o sea, manifestado y determinado por la voluntad de Dios. Creemos que ningún hombre serio y estudioso nos arrugará el entrecejo si planteamos la cuestión bajo el aspecto del culto revelado. En la historia no hay cosa más esclarecida ni tampoco más cierta.

Apuntaba más arriba, que este contrasentido de la Iglesia Católica, (así lo llaman en su ignorancia) en afirmar la omnipresencia de Dios y prescribir la adoración externa, trae desconcertados a los modernos místicos del materialismo de nuestros días. Porque hombres, que por otra parte nada se cuidan de si Dios existe, al llegar aquí se rodean de un aire de misticismo aéreo y vaporoso, extreman sus expresiones de extrañeza y con un tono de piedad candorosa y sentida nos gritan a nosotros los que rezamos, y vamos a Misa, y pedimos (no he dicho tenemos) procesiones. «Hombres de errada piedad y mal entendida devoción, ¿qué hacéis? Dios espíritu es, que no cuerpo; y con el espíritu no con el cuerpo se le ha de adorar». Otros, riéndose de nuestra simplicidad propia de los tiempos medioevales nos miran con desdén murmurando: «A ¿qué viene todo aparato? Dios no necesita de esas exteriorizaciones; para sus ojos

el barro de nuestro cuerpo no es opaco, a través de él mira cuanto en secreto el alma hace. Adoradle interiormente, que eso os basta».

Y es lo peor de todo que, quienes esto dicen, no saben que es adorar a Dios, y en sus corazones jamás ha subido el incienso de la plegaria fervorosa; ni su alma se ha jamás arrodillado ante ese Dios, que como ellos dicen, mira al través de este barro: En su pecho sólo hay un altar y ese por desgracia está dedicado a un dios bien distinto del que adoramos los católicos. Los ídolos de ese altar son la carne y las riquezas. ¿A qué vienen a turbar nuestras verdaderas creencias ellos los adoradores de sus pasiones? ¡Que el culto se verifica en el espíritu! No es así, a lo menos exclusivamente. Pero bien, seamos una vez más generosos. Concedido; empezad a dar a Dios constantemente en el secreto de nuestros corazones adoración, acatadle y reverenciarle y dadle gracias todos los momentos de esta vida; y no lo dudéis, a la menos pensada, los labios os harán traición, y murmurarán una plegaria, o prorrumpirán en himnos de gracias, las rodillas se os doblarán insensiblemente y se clavarán en las frías losas de nuestras catedrales, las manos se alzarán a los cielos, y habréis verificado los actos del culto externo. Porque es tal y tan íntima la trabazón de este compuesto que llamamos hombre, y tal la unión y simpatía que entre alma y cuerpo existen, que toda alteración en el uno repercute al punto en el otro, tienen comunicación de penas y alegrías y juntos comparten sus trabajos, y juntos gozan de sus afectos. Negar esto es negar la luz del día; decir que no es cerrar los ojos para no ver. ¿Cuándo habéis oído que un hijo amó a su madre, y jamás la sonrió ni se echó en sus brazos, ni la miró al rostro, ni habló de ella, ni la alabó? No, amor que no se traspira y desenvuelve en obras muerto está, como fuego que no abrasa no es fuego. Amar con la pasión y vehemencia de una Teresa y no hablar de su amado, con el ímpetu de un Ignacio y no revolver y trastornar el mundo, con la fineza de un Asis y ardor de todos los otros santos y contentarse con quemar unos granos de incienso entre las paredes del cuerpo, no puede concebirse. Y al que no veáis exteriorizar por medio del culto externo sus sentimientos, sobre todo si es por mucho tiempo, creedme, y tenedle por ateo más o menos avanzado; que en el templo de su corazón se ha por completo extinguido el fuego sagrado; la lámpara de la Fe está apagada; fe sin obras, fe muerta. Concluyamos pues; dada la mútua dependencia que entre sí cuerpo y alma guardan y observan, es cierto que a la larga no puede el culto interno persistir sin que el externo le acom-

pañe, y que matar las manifestaciones de éste es ir amortiguando aquél.

Nos queda aún por responder a lo principal, «Dios no necesita del culto externo». Fácil cosa es ver que, a fuerza de probar la dificultad, se deshace a sí misma; porque si así fuera, ni necesita Dios del interno. Y es que nuestros adversarios, se apoyan en un falso supuesto; creen que es el Señor quien tiene necesidad de nuestras adoraciones, y no es esto, sino que nosotros somos los que tenemos obligación, y no sólo por lo que tenemos de espíritu sino también por lo que de sensibles participamos.

En efecto, el hombre, y no el alma solamente, es criatura, esclavo, y beneficio de Dios; luego el hombre todo está obligado a reconocer a su Criador, a su Señor, a su Bienhechor adoración, sumisión, agradecimiento. Claro está que en estos actos el alma será lo principal, pero el cuerpo tiene también, del modo que sabe y puede, que manifestar esa su dependencia; y esto lo consigue por medio de las acciones del culto exteriorizado.

Otra razón hay muy verdadera, aunque un tanto aguda, y que yo desearía poner clara a los ojos aún de los más cortos. ¿Cuál es ella? Tentaré a explicar y hacer fácil mi pensamiento. Es el hombre por su naturaleza sociable, o, lo que vale lo mismo, en virtud de ella siente una necesidad y una inclinación ingénita a reunirse para vivir en sociedad. Ahora bien, la razón dicta que esa naturaleza así sociable, y precisamente en cuanto tal, debe alguna vez mostrar su dependencia de Dios y honrarle con algún acto propio de esa naturaleza o sea con actos sociales; porque estando como está subordinada a su último fin bajo todos los conceptos, lo estará también en cuanto es naturaleza sociable; luego también como tal ha de manifestar esa dependencia; es decir pública y colectivamente. Creo que la razón va algo apretadamente expuesta; sin embargo al que despacio la considere parecerá sin duda verdadera. Sólo quien vaya pre-dispuesto en contra podrá no admitir su valor demostrativo.

Bien podría reforzar estos argumentos, y traer otros de nuevo; pero basta lo dicho para hacer ver la obligación que nuestra misma naturaleza nos impone de obrar los actos del Culto externo. Dios, como Señor absoluto que es de todo nuestro ser, pide que con todo él tributemos adoración y rindamos vasallaje a su Bondad y su Poder.

La legitimidad de las solemnes ceremonias del culto sancionada por el fallo universal de todos los pueblos, tiene su origen y se deriva en la naturaleza racional. La razón está de su parte; no hay

pues por que alcen el grito los revolucionarios y ateos prácticos que nos querrían reducir a las naves oscuras de nuestros templos. Bien sabemos que esas voces no son hijas de la razón, sino inspiradas más bien por una indiferencia indolente o, lo que es peor todavía, por un odio satánico. Pero nosotros sabemos, que Dios quiere y la misma condición de las cosas así lo reclama, ver nuestros cuerpos encorvados ante su altar y oír de nuestros labios la plegaria y percibir en nuestras ciudades los vítores y aclamaciones de su pueblo: sabemos que, sobre todo en un país católico por constitución cual es el nuestro, esos derechos y deberes que nos acompañan, imponen a los demás el deber y la obligación de respetarlos, sabemos en fin que el Gobierno que ha jurado esa constitución no debe, no puede en modo alguno coartar esos privilegios ni impedir esas manifestaciones. Solo en casos extremos la prudencia podrá aconsejar el no hacer uso de tal derecho; pero en general y como norma ordinaria deben las autoridades protegernos y apoyarnos. O qué? ¿vamos a pensar que, sólo porque unos cuantos hombres sin Dios así lo digan, la suprema dirección de un Estado sólo debe responder ante la fuerza, sin deberes que cumplir? Defender los verdaderos derechos de los ciudadanos he ahí su obligación y su derecho; para eso se ha armado su brazo con la vara de la justicia.

Adviértase que hablo en la suposición de que en un país está oficialmente reconocida la verdadera Religión como propio del Estado; pues no se me oculta que en otras hipótesis los deberes y derechos varían notablemente (1).

Y aunque para completar el cuadro, sería bien añadir dos palabras sobre este punto, sin embargo por no tener apenas interés para países netamente católicos, y también porque me es sumamente enfadoso alargar estas desordenadas observaciones, no he de abrir nuevo filón a mis disquisiciones.

Quiera el cielo que alguno de esos descarriados tenga paciencia para sufrir esta pesada explanación y escueto comentario de una tesis hoy tan mal entendida o tan descuidada. Yo me tendré por sobradamente recompensado si fuere alguna parte en que se enderecen ciertos juicios erróneos y se deshagan muchas falsas ideas, que la ignorancia y mala fe a una han sembrado en los entendimientos de muchos hombres.

QUINTÍN PÉREZ, S. J.

(1) Recuérdese algo de lo dicho en el párrafo III.